



Nietzsche. El “Superhombre” de Ecce Homo

Santiago Lario Ladrón

9684sll@comb.es

Nietzsche manda el manuscrito de *Ecce homo* al editor a mediados de noviembre de 1888, y hace sus últimas correcciones el 29 de diciembre, seis días antes de su derrumbe, lo que le presta un sabor especial. En cierto sentido es un libro autobiográfico; y no deja de ser curioso, y bastante expresivo, que Nietzsche inicie su andadura literaria hablando de sí mismo (*De mi vida*, empezado a los 14 años) y la termine del mismo modo.

Apenas iniciado su prólogo (Nietzsche, *Ecce homo*, Madrid, Alianza editorial, El libro de bolsillo, 1996), lo primero que nos impacta es la desmesurada valoración de sus propios méritos: “Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se le haya hecho, me parece indispensable decir quién soy yo. En el fondo sería lícito saberlo ya: pues no he dejado de “dar testimonio” de mí. Mas la desproporción entre la grandeza de mi tarea y la *pequeñez* de mis contemporáneos se ha puesto de manifiesto en el hecho de que ni me han oído ni me han visto siquiera.”

A continuación pasa a describir su quehacer de los últimos años: “La última cosa que yo pretendería sería “mejorar” a la humanidad [...] *Derribar ídolos* (tal es mi palabra para decir “ideales”) – eso sí forma parte de mi oficio. A la realidad se le ha despojado de su valor, de su sentido, de su veracidad en la medida en que se ha *fingido mentirosamente* un mundo ideal ... El “mundo verdadero” y el “mundo aparente” – dicho con claridad: el mundo *fingido* y la realidad... Hasta ahora la *mentira* del ideal ha constituido la maldición contra la realidad, la humanidad misma ha sido engañada y falseada por tal mentira hasta en sus instintos más básicos – hasta llegar a adorar los valores *inversos* de aquellos solos que habrían garantizado el florecimiento, el futuro, el elevado derecho al futuro” (de nuevo rechaza el “mundo verdadero”, pero no por un interés teórico, sino porque impulsa a acatar un sistema de valores que obstaculiza la posibilidad de un futuro floreciente. Un futuro que queda abierto a todas las interpretaciones... excepto a las que sólo supongan una “mejora” de la humanidad).

Para terminar proclamando su satisfacción por haber dado a la luz un libro como *Zaratustra*, utilizando para ello frases un tanto intrigantes: “Entre mis escritos ocupa mi *Zaratustra* un lugar aparte. Con él he hecho a la humanidad el regalo más grande que hasta ahora ésta ha recibido. Este libro, dotado de una voz que atraviesa milenios, no es sólo el libro más elevado que existe, el auténtico libro del aire de alturas – todo el hecho “hombre” yace a enorme distancia por *debajo* de él -, es también el libro *más profundo*, nacido de la riqueza más íntima de la verdad, un pozo inagotable al que ningún cubo desciende sin subir lleno de oro y de bondad [...] Es preciso ante todo *oír* bien el sonido que sale de esa boca, ese sonido alciónico, para no ser lastimosamente injustos con el sentido de su sabiduría”.

Porque de hacer caso a ese tener que *afinar* el oído “para no ser injustos con el sentido de su sabiduría”, y sobre todo a esa “mayor profundidad”, deberíamos colegir que su contenido no exactamente *el mismo* que el de los libros que le siguen. En éste debe haber algo escondido (tenemos que prestar atención y escuchar atentamente),

que no está en los otros, y que no se refiere sólo al estilo, pues afecta a su *profundidad* y a su *sentido*.

Los capítulos "Por qué soy tan sabio", "Por qué soy tan inteligente" y "Por qué escribo tan buenos libros", son desaforados autoelogios que chirrían al oído. Pero lo más importante es que están repletos, para cualquiera que se haya asomado con cierto interés a su vida, de afirmaciones más que dudosas. Aquel hombre que tiene que dejar la cátedra extremadamente joven debido a su precario estado de salud, fanático (según el diccionario, "aquel que defiende con exceso de celo sus ideas") donde los haya, que sufre como pocos por su extrema soledad [recordemos algunas de sus expresiones: "cuando me he encontrado o he creído encontrar un rincón o un palmo en común con alguien, me he sentido feliz hasta el ridículo" (carta escrita a su hermana en la primavera de 1885); "casi siete años de soledad y en su mayor parte una verdadera vida de perros" (carta a Overbeck en diciembre del mismo año); "Inter pares: una expresión embriagadora, tanta es la dicha y desdicha que encierra para quien ha estado solo durante toda una vida; para quien jamás encontró un igual, un ser al que considerar suyo, por mucho que lo buscó por mil caminos" (fragmento póstumo)], es capaz de escribir, sin el menor sonrojo frases como éstas: "Falta en mí todo rasgo enfermizo; yo no he estado enfermo ni siquiera en época de grave enfermedad; en vano se buscará en mi ser un rasgo de fanatismo [...] También el sufrir por la soledad es una objeción; yo no he sufrido nunca más que por la muchedumbre." (Ibid, Por qué soy tan inteligente, fragmento 10). Y si esto ocurre con circunstancias y sentimientos tan verificables, está claro que deberíamos ponernos en guardia para todo lo que pueda decir sobre todo lo demás.

Aun a riesgo de cansar a los que hayan leído *Zaratustra: el mito del superhombre filosófico* (colgado en este portal), me gustaría recordar algunas de las ideas expuestas allí. Nietzsche confiesa su intención de enturbiar su doctrina cuando está a punto de terminar la segunda parte de *Así habló Zaratustra*: "Y disfrazado quiero yo sentarme entre vosotros- para desconoceros y vosotros a mí: ésta es, en efecto, mi última cordura respecto a los hombres" (*De la cordura respecto a los hombres*). Una labor que, a tenor de lo que manifiesta en el capítulo *En el monte de los olivos*, de la tercera parte, a esas alturas ya ha iniciado: "Mi maldad y mi arte favorito están en que mi silencio haya aprendido a no delatarme por el silencio mismo. Haciendo ruido con palabras y con dados, me entretengo en embaucar a mis solemnes guardianes; a todos estos severos espías tengo que ocultarles mi voluntad y mis fines." Y me gustaría destacar que, en el tiempo que ha transcurrido entre esas dos afirmaciones, sólo ha escrito siete capítulos de *Zaratustra* (y unas cuantas cartas); *¡precisamente aquellos en los que saca a relucir la idea del eterno retorno!*

Dejando de lado lo que esa coincidencia pueda significar, lo que no podemos obviar es el hecho de que durante todo el año 1886 (en la primavera anterior ha terminado *Zaratustra*) no cesa de mandar mensajes en el mismo sentido. En *Más allá del bien y del mal* apunta: "Hay acontecimientos de especie tan delicada que se obra bien al recubrirlos y volverlos irreconocibles" (aforismo 40)? "¿No se escriben libros precisamente para ocultar lo que escondemos dentro de nosotros?"; Toda filosofía esconde también una filosofía; toda opinión es también un escondite; toda palabra, también una máscara" (aforismo 289). En el prólogo que en ese otoño añade a una nueva edición de *Aurora* proclama: "¿Por qué tendríamos que decir a voz tan viva y con tanto celo lo que somos, lo que queremos y lo que no queremos? [...] digámoslo como si lo dijéramos para nosotros, tan secretamente que pase desapercibido a todo el mundo". En el que por esas mismas fechas escribe para la segunda edición de *La Gaya Ciencia* afirma: "Se debería respetar más el pudor con que la Naturaleza se ha ocultado tras enigmas e incertidumbres variopintas. ¿Quizá sea la Verdad una mujer que tiene sus razones para no dejar ver sus razones?". Y en el aforismo 381 de la quinta parte que en esa edición agrega a ese libro defiende: "Cuando se escribe, no

sólo se quiere ser entendido, sino también no ser entendido. El que uno encuentre ininteligible un libro no es en modo alguno una objeción contra ese libro: quizá ésa era una de las intenciones de su autor." Y tras todas esas advertencias, la pregunta a plantearnos es: ¿hasta que grado podemos fiarnos de lo que nos pueda decir?

Una desconfianza que aún debería hacerse mayor en lo que atañe a *Zaratustra*, y en especial al contenido de sus dos últimas partes (y a sus "aclaraciones" posteriores, puesto que es por esas fechas cuando se decide, utilizando sus mismas palabras, a *sentarse disfrazado entre nosotros* y a *recubrir y hacer irreconocible su doctrina*). Por eso, para interpretar el significado de ese libro, deberíamos prescindir de comentarios posteriores y valernos sólo de su texto; una labor que no tendría por que resultar especialmente difícil teniendo en cuenta que según su autor, está escrito de la manera menos rebuscada y más directa: "Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién es el que da; como un rayo reluce un pensamiento, con necesidad, sin vacilación en la forma [...] Todo acontece de manera sumamente involuntaria, como en una tormenta de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad... La involuntariedad de la imagen, del símbolo, es lo más digno de atención; no se tiene ya concepto alguno; lo que es imagen, lo que es símbolo, todo se ofrece como la expresión más cercana, más exacta, más sencilla" (*Ecce Homo*, Así habló Zaratustra).

En consecuencia, cuando en "Por qué escribo tan buenos libros", comienza a "explicar" lo que significaba "superhombre", deberíamos afinar nuestro recelo. Su fervor por ese vocablo desapareció ha tiempo; un desamor tan ostensible que *le llevó a no utilizarlo durante años*, lo que no deja de ser chocante si lo comparamos con la reiteración casi obsesiva con que lo empleaba en *Zaratustra*. Pero si antes le gustaba y ahora no, es porque ha cambiado su valoración de ese concepto. Y la incógnita es como va a reaccionar frente a ese problema: ¿Lo confesará, o intentará "corregir" su "significado" para encauzarlo hacia posiciones más próximas a las que ahora mantiene?

Veamos que nos dice: "La palabra "*superhombre*" (en cursiva y entre comillas), que designa *un tipo de óptima constitución* (aquí la cursiva es mía), en contraste con los hombres "modernos", con los hombres "buenos", con los cristianos y demás nihilistas - una palabra que, en boca de Zaratustra, el *aniquilador* de la moral, se convierte en una palabra muy digna de reflexión, ha sido entendida casi en todas partes, con total inocencia, en el sentido de aquellos valores cuya antítesis se ha manifestado en la figura de Zaratustra, es decir, ha sido entendida como tipo "idealista" de una especie superior de hombre, mitad "santo", mitad "genio".- Otros doctos animales con cuernos me han achacado, por su parte, darwinismo; incluso se ha redescubierto aquí el "culto de los héroes", tan duramente rechazado por mí."

Salta a la vista que estas "aclaraciones" chocan frontalmente con el contenido de *Zaratustra*. Aparte de contradecir antiguas afirmaciones [en "De los sacerdotes" proclamaba taxativamente: "nunca ha habido todavía un superhombre"; pero "tipos de óptima constitución" ha tenido que haber muchos (y así lo reconoce el fragmento 4 de *El Anticristo*: "En otro sentido se da, en las más diversas culturas, un logro continuo de casos singulares, con los cuales un *tipo superior* hace de hecho la presentación de sí mismo: algo que, en relación con la humanidad en su conjunto, es *una especie de superhombre*. Tales casos afortunados de gran logro han sido posibles siempre y serán acaso posibles siempre)], ahora se destapa con una definición tan trivial del superhombre que, de hacerle caso, dejaría la mayoría de las expresiones de aquel libro en ridículo. ¿Cómo creer que aquel "sentido de la tierra", "nuestra más alta esperanza", "el rayo que había de venir" o "aquella estrella danzarina" se referían simplemente a un "*tipo de óptima constitución*"? ¿Era éste aquel ser lejano por la que se embarcaba (y nos quería embarcar) en una guerra sin cuartel contra la igualdad, la moral, la compasión, la democracia y el estado? ¿Este era el fruto de aquella gravidez

por cuyo buen fin prescinde de la comodidad, bienestar y felicidad del día a día y se convierte en "ladrón de todos los valores"?

Sólo hay que saborear la emoción que palpita en cada uno de aquellos párrafos para comprender que allí hay bastante más de lo que aquí confiesa. Compárese la insípida manera con que se refiere al superhombre, con el fervor casi místico que allí impregnaba cualquier alusión: "Y el gran mediodía es la hora en que el hombre se encuentra a mitad de camino entre el animal y el superhombre y celebra su camino hacia el atardecer como su más alta esperanza: pues es el camino hacia una nueva mañana" (De la virtud que hace regalos); "La belleza del superhombre llegó hasta mí como una sombra. ¡ay, hermanos míos! ¡Qué me importan ya- los dioses! (En las islas afortunadas). ¿Cómo creer que esas expresiones, se refieren a la aparición de un "tipo superior" que además ya habría tenido lugar un sin fin de veces?"

Es verdad que la vena poética tiende a facilitar cierta vehemencia, pero ahí no es la poesía, sino la pasión, la que convierte su prosa en oro (como por otra parte suele pasar en todos los enamorados), y hace de la lectura de cada una de sus páginas (si se leen sin despreciar su aparente contenido biológico) un verdadero deleite: ¡que no sólo alcanza las exquisiteces de que presume Nietzsche, sino que si cabe, las supera! ¡Y ese fervor no puede tener como destino "un tipo de óptima constitución"!

Por eso no es extraño que la mayoría de los que aceptan esa definición, critique sus recursos metafóricos y se hagan lenguas de lo poco acertados de muchos de ellos (si yo la creyese me pasaría igual): "Como poeta, *Así habló Zaratustra* no posee, ciertamente la elevada categoría que Nietzsche le atribuye. Hay en él demasiado efectismo, demasiado juego de palabras y demasiada consciencia." (Fink, *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Universidad, 1994, p. 73). Morel afirma: "Una lectura, aun cursiva de algunos cantos, da, por el contrario, la impresión de una poesía muy mezclada, donde centellas de oro y púrpura (deben de ser las que se refieren al eterno retorno) se unen en la ceniza y en el fango, donde los más puros símbolos caen a veces en vulgares metáforas" (deben ser las biológicas). (*Nietzsche*, París, Aubier, 1985, p. 138). Y Ross reitera: "Ciertamente, un análisis de este texto muestra enseguida que la armonía se ha vuelto hueca en muchos casos; la fuerza, fanfarronería; la suavidad, un juego de palabras vacías. Una tonadilla de feria cuyos superlativos suenan en falsete gobierna este discurso panegírico." (*Nietzsche. El águila angustiada*, Barcelona, Piados, 1994, p.717)

Es verdad que muchas (no me atrevo a decir todas) de esas *metáforas vulgares* dejarían de serlo, si en lugar de empeñarnos en verlas como tales, las aceptásemos como expresiones sencillas, correctas, adecuadas y, en algún caso, de extrema belleza. Pero eso nos obligaría a admitir que, junto al contenido filosófico, hay otro biológico, ¡y por lo tanto a poner en duda estas "afirmaciones" del propio Nietzsche! ¡Y hay muchos que no están por esa labor!

Es curioso que, pese a las continuas quejas de Nietzsche sobre lo mal entendido que ha sido su concepto de superhombre, cuando tras varios años de silencio se enfrenta otra vez con él, no muestre ningún interés en explicarlo detalladamente. Ha escrito todo un libro volcado, sobre todo en sus dos primeras partes, en esa enigmática figura y ahora, cuando podría deshacer definitivamente el entuerto, en lugar de dedicarle cuando menos un capítulo, se despacha con cuatro palabras.

Es verdad que a continuación se dedica a rechazar unas cuantas interpretaciones, en especial la idealista (que lo veía como un hombre superior a medio camino entre la santidad, la heroicidad o la genialidad) y la evolutiva (sobre la que pone más énfasis). Pero, ¿por qué en lugar de perder el tiempo rebatiendo opiniones, no nos aclara de una vez su significado? Se diría que no se encuentra cómodo por estos andurriales y sale de ellos lo más aprisa que puede.

Y hay un detalle que apoya esa sospecha. Como hemos visto, y por primera vez (nunca lo había hecho en las múltiples ocasiones en que usa esa palabra en *Zaratustra*), ahora la encierra entre comillas. ¿Qué significa esto? ¿Por qué un término que antes empleaba con orgullo, y casi con fruición, va ahora así? Me permitirá el lector que eche mano del magistral ensayo de Eric Blondel sobre el significado del uso de las comillas por parte de Nietzsche: "Ellas significan tipográficamente que una palabra, o una frase, no son consideradas por el autor *isomorfas* a su propio discurso, sea porque pertenecen a otra lengua (o, en el interior de la suya a otro sistema dialectal: argot, términos técnicos, lengua arcaica o literaria, etc.), sea porque figuran en una acepción inexacta, no pertinente, asintáctica o aléxica, sea en fin porque, semánticamente, no se refieren a ninguna entidad o ninguna realidad. En todo caso, la utilización de comillas establece el discurso que las emplea como algo que sobrepasa las expresiones citadas: el autor se desolidariza y, en cierto modo, se disculpa, de las citas que, por estas siglas, encierra, encarcela o deporta." (*Lectures de Nietzsche*, E. Blondel, Les guillemets de Nietzsche, Le livre de poche, 2000). Este análisis crítico se ajusta a este caso como un anillo al dedo. Tras años sin emplear ese vocablo, cuando de nuevo lo saca a colación, se siente obligado a recluirlo entre comillas *porque* (como dice Blondel) *se está disculpando por una expresión que ahora ya no juzga pertinente* (antes sí, por eso iba sin ellas). Un cambio al que desde luego tiene derecho, pero no a que intente ocultarlo de manera tan artera.

Tras estos capítulos dedicados a su persona y su vida entramos en lo que podría verse como un análisis retrospectivo de sus libros. Empieza con una postura bastante crítica de "*El nacimiento de la tragedia*", del que salva su posición a favor del fenómeno dionisiaco por lo que tiene de exaltación de la vida ("una fórmula de *afirmación suprema*, nacida de la abundancia, de la sobreabundancia, un decir sí sin reservas aun al sufrimiento, aun a la culpa misma, aun a todo lo problemático y extraño de la existencia... Este sí último, gozosísimo, exuberante, arrogantísimo dicho a la vida no es sólo la intelección suprema, sino también la más honda"), y en contra del socratismo ("Racionalidad *contra* instinto. ¡La "racionalidad" a cualquier precio, como violencia peligrosa, como violencia que socava la vida!") que, a través del dominio de la razón sobre el instinto, es por el contrario un instrumento de *su degeneración y decadencia*.

Sigue con un apartado consagrado a sus cuatro intempestivas. En sus comentarios sobre la primera (*David Strauss, el confesor y el escritor*) reafirma su posición contraria a cualquier intento de "mejorar" al hombre.

Se ratifica en su postura contra los excesos del "sentido histórico" que mantenía en la segunda (*Sobre la utilidad y la desventaja de la ciencia histórica para la vida*). Y se distancia un tanto del contenido de las otras: "Ahora que vuelvo la vista desde una cierta lejanía a las situaciones de la que estos escritos son testimonio, no quisiera negar que, en el fondo, hablan meramente de mí. El escrito "*Wagner en Bayreuth*" es una visión de mi futuro; en "*Schopenhauer como educador*" está escrita mi historia más íntima, mi *devenir*."

"*Humano, demasiado humano* es el monumento de una crisis"; así inicia la parte dedicada a este libro. De la importancia que le da habla el que, después de *Zaratustra*, es al que más páginas le dedica (en las que se muestra completamente de acuerdo con su contenido): "este monumento de una rigurosa autodisciplina, con la que puse bruscamente fin a toda patraña superior, a todo "idealismo", a todo "sentimiento bello" y a otras debilidades femeninas que se habían infiltrado en mí".

Y continúa: "del modo como yo pensaba entonces (1876) acerca de mí mismo, de la seguridad tan inmensa con que conocía mi tarea y la importancia histórico-universal de la misma, de esto da testimonio el libro entero, pero sobre todo un pasaje muy explícito: [...] El pasaje dice así: ¿Cuál es, pues, la tesis principal a que ha llegado uno de los más audaces y fríos pensadores, el autor del libro *Sobre el origen de los*

sentimientos morales (*lisez* [léase]: Nietzsche el primer inmoralista), en virtud de sus penetrantes e incisivos análisis del obrar humano? "El hombre moral no está más cerca del mundo inteligible que el hombre físico- *pues* el mundo inteligible no existe"..."

Inicia sus comentarios sobre *Aurora* con esta frase: "Con este libro empieza mi campaña contra la moral." Y a continuación se esfuerza en presentarla como una postura positiva en busca de una nueva aurora. ¿Dónde la encuentra?: "En una transvaloración de todos los valores, en el desvincularse de todos los valores morales, en un decir sí y tener confianza en todo lo que hasta ahora ha sido prohibido, despreciado, maldecido."

El ¿por qué? y el ¿para qué? de esa transvaloración, quedan claros en estas frases: "El problema de la procedencia de los valores morales es, para mí, un problema de *primer rango* porque condiciona el futuro de la humanidad [...] Cuando dentro de un organismo el órgano más diminuto deja, aunque sea en una medida muy pequeña, de proveer con total seguridad a su autoconservación, a la recuperación de sus fuerzas, a su "egoísmo", entonces el todo degenera: El fisiólogo exige la *amputación* de la parte degenerada, niega toda solidaridad con lo degenerado, está completamente lejos de sentir compasión por ello. Pero el sacerdote *quiere* precisamente la degeneración de todo, de la humanidad: por ello *conserva* lo degenerado."

Para terminar con una encendida proclama a favor de la vida: "Cuando se deja de tomar en serio la autoconservación, el aumento de fuerzas del cuerpo, *es decir, de la vida*, cuando de la anemia se hace un ideal, y del desprecio del cuerpo "la salud del alma", ¿qué es esto más que una *receta* para la *décadence*?"

Pasa *La gaya ciencia* casi por alto, porque estima que lo dicho para *Aurora* vale también para ella: "*Aurora* es un libro que dice sí, un libro profundo, pero luminoso y benévolo. Lo mismo puede afirmarse también, y en grado sumo, de *La gaya ciencia*." Y se limita a destacar el último aforismo de la cuarta parte (en la que por primera vez saca a relucir la figura de Zaratustra), y "las frases graníticas del final del libro tercero con los cuales se reduce a fórmulas por vez primera un destino para todos los tiempos". [Un grupo de aforismos que resumen sus posturas esenciales que dentro de poco expondrá de manera más amplia en *Así habló Zaratustra*: "Con una gran meta uno está incluso por encima de la justicia, no solamente por encima de sus actos y sus jueces" (267); "Encaminarse al mismo tiempo a su sufrimiento supremo y a su suprema esperanza" (268); "¿En qué crees? En que los pesos de todas las cosas han de ser fijados de nuevo" (269); "Debes llegar a ser el que eres" (270); "¿Dónde se encuentran tus peligros más grandes? –En la compasión"(270)].

Y llegamos a la parte consagrada a *Zaratustra*. El análisis que hace aquí [en lógica consonancia con el olvido (en realidad casi retractación), del superhombre] concede todo el protagonismo al retorno: "la concepción fundamental de esa obra, el *pensamiento del eterno retorno*, esa fórmula suprema de afirmación a que se puede llegar en absoluto,- es de agosto de 1881" [...] aunque el parto "tuvo lugar de manera repentina y en las circunstancias más inverosímiles en febrero de 1883 [...] Al periodo intermedio corresponde *La gaya ciencia*, que contiene cien indicios de la proximidad de algo incomparable; al final ella misma ofrece ya el comienzo de *Zaratustra*; en el penúltimo apartado del libro cuarto ofrece el pensamiento fundamental del *Zaratustra*" (el retorno). Y narra como durante el invierno siguiente, mientras paseaba por Portofino "se me ocurrió todo el primer *Zaratustra*, sobre todo Zaratustra mismo en cuanto tipo; más exactamente éste me asaltó."

Tras el famoso interludio que detalla el famoso arrebató de inspiración que dio origen a ese "primer *Zaratustra*" (que como he dicho en otros sitios, es imposible de comprender si su "único" tema fuese *el eterno retorno*, es decir el mismo que ha estado manoseando, sin llegar a nada, durante año y medio), unas breves líneas dedicadas a las otras partes, y un elogioso ditirambo a todo el libro, le llega la hora de

"precisar" (en realidad, me temo que otra vez adulterar) el concepto de superhombre: "Aquí el hombre está superado en todo momento, el concepto de "superhombre" (otra vez entre comillas, y ya sabemos lo que según E. Blondel significa) se volvió aquí realidad suprema,- en una infinita lejanía, por *debajo* de él, yace todo aquello que hasta ahora se llamó grande en el hombre. Lo alciónico, los pies ligeros, la omnipresencia de maldad y arrogancia, y todo lo demás que es típico del tipo Zaratustra, jamás se soñó que eso fuera esencial a la grandeza. Justo en esa amplitud de espacio, en esa capacidad de acceder a lo contrapuesto, siente Zaratustra que él *es la especie más alta de todo lo existente*; y cuando se oye cómo la define, hay que renunciar a buscar algo semejante."

Y ya está: "aquel tipo de óptima constitución", y este hombre "superado", vuelto aquí "realidad suprema", es todo lo que Nietzsche tiene que decirnos sobre aquella figura que antaño encarnó todos sus anhelos y todas sus esperanzas. Un solo párrafo, y tan ambiguo, que cualquier interpretación lo podría reclamar como suyo. Pero en el que, con enorme habilidad, desvirtúa el sentido de las expresiones que más podían chocar con el significado que ahora nos quiere hacer tragar (esa coincidencia no es casual; Nietzsche sabe de sobras las que más pueden *incitar a una lectura biológica* y, puesto que ahora se ha separado de ella, intenta desactivarlas una a una). Y así "con todo candor", correlaciona los términos de superación y superhombre, y poda "lejanía" de su anterior reminiscencia temporal. Y de paso, con la misma intención, pero como quien no quiere la cosa, deja caer una frase que identifica *la especie más alta de lo existente* (honor que antes correspondía por entero al superhombre, del cual Zaratustra tan sólo era el profeta que mostraba los medios para llegar a él) con el mismo Zaratustra. ¡Sencillamente genial! ¡Tan genial que, prácticamente, ha conseguido que, pese a la dificultad para conciliarla con lo que dejó escrito en *Zaratustra*, esta sea la definición de superhombre que goza de mayor refrendo!

Pasa ahora a recalcar como Zaratustra, pese a "que posee la visión más dura, más terrible de la realidad, aquel que ha pensado "el pensamiento más abismal", no encuentra en sí, a pesar de todo, ninguna objeción contra el existir y ni siquiera contra el eterno retorno de éste- antes bien, una razón más para *ser él mismo* el sí eterno dicho a todas las cosas, "el inmenso e ilimitado decir sí y amén... "A todos los abismos llevo yo entonces como una bendición, mi decir sí"... *Pero esto es, una vez más, el concepto de Dioniso.*" (Está claro que ese "a pesar de todo" sobra, porque no es que Zaratustra se resigne, y por eso no tenga nada que objetar a vivir en esas terribles condiciones: ¡es que la mayor parte de sus proclamas nos exhortaban a *vivir con ellas*!; ahí están sus denuestos contra la paz, la compasión, la felicidad, el bienestar o el amor al prójimo, porque, según deja entrever en varios lugares, son incompatibles con la llegada del superhombre).

Nietzsche prosigue con la tarea de edulcorar antiguas expresiones: ahora le toca el turno al desprecio que siente por el hombre (al que ve solamente como algo provisional a lo que hay que dar forma), y a la dureza (esa moral suya que exige borrar de nuestra mente cualquier atisbo de compasión) que se precisa para lograr sobrepasarlo: "En otro pasaje define con el máximo rigor posible lo único que para él puede ser el hombre - *no* un objeto de amor y mucho menos de compasión - también la *gran náusea* producida por el hombre llegó Zaratustra a dominarla: el hombre es para él algo informe, un simple material, una deforme piedra que necesita del escultor." Y tras copiar los célebres párrafos de *En las islas afortunadas* que describen la crueldad con que maneja el martillo, escribe: "Para una tarea *dionisiaca*, la dureza del martillo, el *placer mismo de aniquilar* forman parte de manera decisiva de las condiciones previas. El imperativo "¡Endureceos!", la más honda certeza de que *todos los creadores son duros*, es el auténtico indicio de una naturaleza dionisiaca." ¡Otra vez, ¿y van cuantas?, para quitarse el sombrero! Ahí tenemos otra de las frases que

"han ayudado" a buena parte de los comentaristas a intentar limar las indudables asperezas de algunos de sus párrafos.

De *Más allá del bien y del mal* recalca su lucha contra la moral o transvaloración de valores, el único cincel que necesita para tratar de esculpir sobre nuestra propia figura esa otra imagen a la que aspira: "La tarea de los años siguientes estaba ya trazada de la manera más rigurosa posible. Después de haber quedado resuelta la parte de mi tarea que dice sí, llegaba el turno a la mitad de la misma que dice no, *que lleva ese no a la práctica*: la transvaloración misma de los valores anteriores, la gran guerra."

Y de sus comentarios sobre la *Genealogía de la moral* escojo un párrafo que, aunque Nietzsche lo aplica sólo al método que usa en ese libro, podría generalizarse a su obra considerada de forma global (por supuesto desde *Humano, demasiado humano* en adelante): "Siempre hay un comienzo que debe inducir a error, un comienzo frío, científico, incluso irónico, intencionadamente situado en primer plano, intencionadamente demorado. Poco a poco, más agitación; relámpagos aislados; verdades muy desagradables se hacen oír desde la lejanía con sordo gruñido, -hasta que finalmente se alcanza un *tempo feroce* en el que todo empuja hacia delante con enorme tensión." Y siguiendo con su transvaloración presenta el cristianismo como la gran rebelión contra el dominio de los valores *nobles*, la conciencia como un instinto de crueldad, y el ascetismo como un ideal de decadencia.

Sobre el *Crepúsculo de los ídolos* escribe: "no hay nada más sustancioso, más independiente, más demoleedor, - más malvado [...] con toda seriedad, nadie conocía antes de mí el camino recto, el camino *hacia arriba*: sólo a partir de mí hay de nuevo esperanzas, tareas, caminos que trazar a la cultura- *yo soy su alegre mensajero...* Cabalmente por ello soy también un destino."

Soy consciente de que esa mención explícita a la "cultura" podría verse como contraria a la interpretación biológica. Pero me gustaría recordar que al fin y al cabo, toda la batalla que Nietzsche lleva a cabo a favor de la vida (por supuesto para mí entendida desde el punto de vista más rabiosamente biológico) la lleva a cabo en el terreno "cultural" (¿de qué otro modo la podría hacer?). Así no es extraño que en el fragmento siguiente, y como sucede desde hace años, todo su interés "cultural" se vuelque otra vez en *su* moral (esa moral que llevada a rajatabla nos podría convertir en fieles devotos de un dios -Dioniso-, o en fervientes partidarios de una idea -la voluntad de poder-, pero sea cual fuere el motivo inductor, tendría consecuencias biológicas, porque *¡la selección natural se pondría otra vez en marcha!*): "Inmediatamente después de acabar la mencionada obra, y sin perder un solo día, acometí la tarea de la transvaloración (se refiere a *El anticristo*), con un soberano sentimiento de orgullo a que nada se equipara, cierto en todo momento de mi inmortalidad."

El caso Wagner le sirve para hilvanar algunas de sus ideas sobre el gran músico y sobre el pueblo alemán. Vuelve a insistir en el efecto nefasto que el cristianismo tiene y ha tenido para la vida: "Lutero, esa fatalidad de fraile, restauró la Iglesia y, lo que es mil veces peor, el cristianismo, en el momento *en que éste sucumbía...* ¡El cristianismo, esa *negación de la voluntad de vida* hecha religión!" (Ibid, El caso Wagner, fragmento 2). Y otra vez se queja de la indiferencia hacia sus escritos: "A cada uno de mis amigos le hecho en cara que jamás ha considerado que mereciese la pena *estudiar* alguno de mis escritos: adivino, por signos mínimos, que ni siquiera saben lo que en ellos se encierra. En lo que se refiere a *Zaratustra*, ¿cuál de mis amigos habrá visto en él algo más que una presunción ilícita, que por fortuna resulta completamente indiferente?" [...] Y esto en un instante en que pesa sobre mí una responsabilidad indecible,- en un instante en que ninguna palabra puede ser suficientemente delicada, ninguna mirada suficientemente respetuosa conmigo. Pues yo llevo sobre mis espaldas el destino de la humanidad." (Ibid, 4). No hay duda de que

a estas alturas ha perdido todo rastro de autocrítica, pero por lo demás sigue siendo el mismo de siempre.

Pero, por si aún quedase alguna, ahí tenemos el último capítulo titulado *Por qué soy un destino*: "Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido a mi nombre el recuerdo de algo gigantesco, -de una crisis como jamás la había habido en la tierra, de la más profunda colisión de conciencia, de una decisión tomada, mediante conjuro, *contra* todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido, santificado. Yo no soy un hombre, soy dinamita." En cuyo fragmento 5 topamos con sus últimos comentarios al superhombre: "Zaratustra no deja aquí duda alguna: Dice que el conocimiento de los buenos, de los "mejores", ha sido precisamente el que le ha producido horror por el hombre en cuanto tal; *esta* repulsión le ha hecho crecer las alas para "alejarse volando hacia futuros remotos" (otra vez intenta desvirtuar aquellas frases que databan la aparición del superhombre a fechas muy lejanas),-no oculta que su tipo de hombre, un tipo relativamente sobrehumano (¡vaya, ya lo vamos humanizando!), es sobrehumano cabalmente en relación con los *buenos*, que los buenos y justos llamarán *demonio* a su superhombre... ¡Vosotros los hombres supremos con que mis ojos tropezaron! Esta es mi duda respecto a vosotros y mi secreto reír: ¡puesto a que a mi superhombre lo llamaríais- demonio! ¡tan extraños sois a lo grande en vuestra alma que el superhombre os resultará *temible* en su bondad! De este pasaje, y no de otro, hay que partir para comprender lo que Zaratustra *quiere*: esa especie de hombre que él concibe, concibe la realidad *tal como ella es*: es suficientemente fuerte para hacerlo, no es una especie de hombre extrañada, alejada de la realidad, es *la realidad misma*, encierra todavía en sí todo lo terrible y problemático de ésta, *sólo así puede el hombre tener grandeza*."

Este fragmento es de por sí otra delicia. Por una parte hay que recalcar lo curioso que resulta que tras varios años de olvido, en éste libro saque a relucir el superhombre en varias pasajes (aunque en todos de manera incompleta, y compárese esa concisión con el tiempo que pierde en narrarnos sus predilecciones culinarias). Es como si una vez roto el dique, sintiera verdadero alivio en vaciar aquellas aguas estancadas. Y lo hace con su sempiterna habilidad. Se diría que tiene *Zaratustra* delante y dedica su atención a las frases más comprometedoras. Admírese el ingenio con que, ese *crecimiento de alas que le permitirá alejarse volando hacia futuros remotos*, troca sus antiguas proclamas de que "aquel ser sólo podría tener realidad en un remoto futuro" en algo insustancial. La ya desvalorizada "especie de superhombre" de hace unas líneas, pasa ahora a ser "un tipo relativamente sobrehumano" (tan relativamente que en realidad ya no lo es en absoluto). Y por último, pese a que en *Zaratustra* esa palabra sale a relucir en más de treinta lugares distintos, escoge el que le parece mejor para dar el cambio, y nos conmina a que nos valgamos de él, y *no de ningún otro*, para adivinar a que clase de superhombre se refiere, esa "especie de hombre" que sabe enfrentarse a la realidad tal como ella es. ¡Inefable!

Este apartado, y el libro, termina con el fragmento octavo, otra verdadera joya: "¿Se me ha entendido? - No he dicho aquí ninguna palabra que no hubiese dicho hace ya cinco años por boca de Zaratustra (por supuesto; se dedica a repasar escrupulosamente las más "expresivas", y por tanto "peligrosas", para retocar su significado). El *descubrimiento* de la moral cristiana es un acontecimiento que no tiene igual, una verdadera catástrofe. Quien hace luz sobre ella es una *force majeure*, un destino,- divide en dos partes la historia de la humanidad. Se vive *antes* de él, se vive *después* de él."

Otra vez hace gala de su indudable genialidad para reconvertir aquellas antiguas expresiones que más podrían chirriar en otras inofensivas; ahora el motivo de que él sea un destino, y divida la historia de la humanidad en dos, ya no es el alumbramiento del superhombre, ni siquiera el de la idea del eterno retorno, sino su lucha contra la moral cristiana y el haber sabido destapar lo que se escondía bajo ella.

Y así continúa: "¡El concepto "Dios", inventado como concepto antitético de la vida- en ese concepto, concentrado en horrorosa unidad de todo lo nocivo, envenenador, difamador, la entera hostilidad a muerte contra la vida; ¡El concepto "más allá", "mundo verdadero", inventado para desvalorizar el *único* mundo que existe [...] ¡El concepto "alma" [...] inventado para despreciar el cuerpo [...] ¡El concepto "pecado", inventado [...] para extraviar los instintos [...] ¡El concepto de "desinteresado" de "negador de sí mismo" (como) auténtico indicio de *décadence* [...] Finalmente - es lo más horrible- en el concepto de hombre *bueno*, la defensa de todo lo débil, enfermo, mal constituido, sufriente a causa de sí mismo, de todo aquello *que debe perecer*-, invertida la ley de la *selección*, convertida en un ideal la contradicción del hombre orgulloso y bien constituido, del que dice sí, del que está seguro del futuro, del que garantiza el futuro-hombre que ahora es llamado *el malvado*... ¡Y todo esto fue creído *como moral*! ¡*Ecrasez l'infâme*! (Aplastad al infame).- ¿Se me ha comprendido? - *Dioniso contra el Crucificado*..."

Como vemos, aunque ha renegado del superhombre biológico, *no tiene reparo en citar la inversión de "la ley de la selección" como uno de los motivos- ¡el más horrible-que justifica su ojeriza hacia esa moral*. Está, más o menos, en aquel difuso y confuso apoyo a la vida que inició con *Humano, demasiado humano*.

¿Qué conclusiones podemos sacar tras la lectura de *Ecce homo*? Aparte de su palpable alejamiento de la antigua figura del superhombre, de su devoción por el retorno, Zaratustra y Dioniso, y de su encono contra la moral cristiana, su *leit motif* sigue siendo su preocupación por la "vida", hasta el punto de que, a veces, parece que ese interés le sirva de baremo para juzgar todo lo demás.

Así en sus comentarios sobre *El nacimiento de la tragedia*, asimila *Dioniso con su afirmación y Sócrates con su decadencia*, y eso le ayuda a situarse ante ambos. Es verdad que presume de haber sido el primero en hacer la "transposición de lo dionisiaco hacia un *pathos* filosófico": "La afirmación del fluir y del aniquilar, que es lo decisivo en la filosofía dionisiaca, el decir sí a la antítesis y a la guerra, el *devenir*, el rechazo radical incluso del mismo concepto "ser" – en esto tengo que reconocer, bajo cualquier circunstancia, lo más afín a mí entre lo que ahora se ha pensado. La doctrina del "eterno retorno", es decir del ciclo incondicional, infinitamente repetido, de todas las cosas – esta doctrina de Zaratustra *podría*, en definitiva, haber sido enseñada también por Heráclito."

Pero aparte de esa alusión metafísica al concepto del "ser", lo esencial de esa doctrina [ese fluir y aniquilar, esa antítesis y esa guerra, ese *devenir* (que iría hasta más allá de nuestra propia especie), y esa aceptación sin reservas de esa vida dura y terrible] estaría en consonancia con lo que se necesita para volver a poner en marcha la selección natural (el regreso a aquellas leyes naturales que regían hace 200.000 años, cuando precisamente por ello la evolución estaba en pleno apogeo).

Y líneas antes ha hecho un *paralelismo entre dionisiaco y afirmación de la vida* que no tiene desperdicio: "Este sí último, gozosísimo, exuberante, arrogantísimo, dicho a la vida no es sólo la intelección suprema, sino también la *más honda*, la más rigurosamente confirmada y sostenida por la verdad y por la ciencia. No hay que sustraer nada de lo que existe, nada es superfluo- los aspectos de la existencia rechazados por los cristianos y por otros nihilistas pertenecen incluso a un orden infinitamente superior, en la jerarquía de los valores, que aquello que el instinto de *décadence* pudo lícitamente aprobar, *llamar bueno*."

En la primera intempestiva reafirma su posición contraria a cualquier intento de "mejorar" al hombre -tan caro a los librepensadores- y se declara el *primer inmoralista*. En la segunda, ratifica su postura contra los excesos del "sentido histórico": *¡porque no es útil para la vida!* En *Humano, demasiado humano* destaca el inicio de su lucha contra todo idealismo y la moral cristiana, que continuará a lo largo de *Aurora* y *La*

gaya ciencia, y que parece tener su origen en lo que ambos suponen para la "fortaleza de la vida": "cuando se deja de tomar en serio la autoconservación, el aumento de fuerzas del cuerpo, es decir, de la vida, cuando de la anemia se hace un ideal, y del desprecio del cuerpo "la salud del alma", ¿qué es esto más que una *receta* para la *décadence*?"

Es verdad que en *Zaratustra* destaca como idea fundamental el eterno retorno: "esa fórmula suprema de afirmación a que se puede llegar en absoluto". Pero no deja de ser curioso que, aparte de darnos el sitio y la fecha en que esa idea le asaltó, no insista más sobre ella. Es verdad que puesto que los elogios que dedica a este libro no tienen fin, habrá que aceptar (tras esa primera afirmación) que parte de ellos le puedan ir dirigidos: pero ni eso queda claro. Sólo nos habla de su estilo, del superhombre, de Dioniso y de Zaratustra; aunque es cierto que la mayor peculiaridad del último (si prescindimos de la interpretación biológica) puede que sea su adhesión a esa idea, pues, por lo demás, todos conocemos ateos que no creen en la existencia de otro mundo, ni se sienten condicionados por unas normas morales demasiado estrictas, y en cambio lo llevan bastante bien, disfrutando de una vida placentera y normal, sin sentirse por ello obligados a hacer tantas alharacas.

Define *Más allá del bien y del mal* como una continuación de su lucha a favor de la transvaloración de valores. En *La genealogía de la moral* presenta el cristianismo como una rebelión contra los valores *nobles*, la conciencia como un instinto de crueldad y el ascetismo como un ideal de decadencia. En el *Crepúsculo de los ídolos*, tras encomiar su habilidad destructora, se identifica como el único que ha sabido encontrar el camino *hacia arriba* (un arriba que parece dirigirse a la cultura, aunque ya hemos dicho que, sea cual sea el objetivo que pretende conseguir, el medio de que se vale siempre es cultural): "sólo a partir de mí hay de nuevo esperanzas, tareas, caminos que trazar a la cultura- *yo soy su alegre mensajero*". En el caso Wagner denuncia *el efecto perjudicial que el cristianismo tiene para la vida*, e insiste en la enorme responsabilidad que recae sobre él: "yo llevo sobre mis espaldas el destino de la humanidad." Y en *Por qué soy un destino*, tras porfiar en ese papel estelar que le han reservado los hados -"*alguna vez irá unido a mi nombre el recuerdo de algo gigantesco*"-, arremete contra el cristianismo por su "defensa de todo lo débil, enfermo, mal constituido, sufriente a causa de sí mismo, de todo aquello *que debe perecer*-, invertida la ley de la *selección*". *Proclama el antagonismo entre Dios y vida* -"¡El concepto de Dios, inventado como concepto antitético de la vida...!"- Y termina con ese "¿Se me ha comprendido? - *Dioniso contra el Crucificado*..."

Una oposición que en esencia resume su pensamiento. Y no olvidemos algunas de sus afirmaciones: "Todo esto significa la palabra Dioniso: yo no conozco una simbólica más alta que esta simbólica *griega*, la de las Dionisias. En ella el instinto más profundo de la *vida*, el del futuro de la *vida*, el de la eternidad de la *vida*, es sentido religiosamente,- la misma vía hacia la *vida*, la procreación, es sentida como la vía sagrada." (*Crepúsculo de los ídolos*, Lo que debo a los antiguos, fragmento 4).

"La cruz, como signo de reconocimiento para la más subterránea conjura habida nunca, -contra la salud, la belleza, la buena constitución, la valentía, el espíritu, la *bondad* del alma, *contra la vida misma*" [Escrito así en cursiva (*El Anticristo*, fragmento 62)].